Francisco J. Díez de Revenga

VIVENCIA Y REALIDAD DEL PAISAJE EN AZORIN (*)

(*) Discurso leído en el acto académico de inauguración del monumento al autor en el Instituto de Enseñanza Media "Azorín" de Elda Petrel, el 14 de Junio de 1972.

Nació Azorín en Monóvar y ya siempre tuvo ante sí el recuerdo perenne de su pueblo y de las tierras próximas, las tierras que forman el luminoso valle del Vinalopó. Desde Monóvar a Petrel y desde Villena a Novelda siempre recorrerá su pensamiento incansable de andariego los pasos y las colinas, los caminos y los perfiles de las sierras, de los valles, de los contornos casi imperceptibles, de las manchas de color que quedaron en su retina juvenil.

Describir un paisaje es un arte difícil, pero evocarlo una y otra vez partiendo de un recuerdo de la juventud, quizás de la infancia, es además un muy humano quehacer, porque en estos recuerdos entra de lleno el alma del poeta, del escritor, del prosista. Con una visión del ambiente, del escenario en que ha transcurrido su propia vida nos va a dar su misma alma, su impresión. Este es el gran y admirable valor de las evocaciones azorinianas. Martínez Ruiz, Azorín, ve en cada rincón de su comarca natal, a través de los años, una presencia actual en principio, que luego se ha de convertir en un nostálgico y sentido recuerdo. Volverá de este modo a aparecer en su obra insistente y renovadamente.

Azorín nació en Monóvar, y su comarca estará viva en su obra, rediviva constantemente como algo en lo que tiene puesta su emoción sincera. Al igual que sucede con el clásico que relee cada día, el paisaje es para Azorín una realidad que, cada vez que vuelve sobre ella, cada vez que la reconstruye, le dice algo nuevo, sutil, interesante o emotivo.

Martínez Ruiz tiene dentro esa comarca. Constantemente aflora en sus obras con distinto motivo, pero siempre quedando prendidos a este recuerdo los adjetivos evocadores, los sustantivos definitorios: «El autor de estas líneas —nos dice el maestro Azorín— no ha nacido en la parte baja de la tierra alicantina, sino en la región montañosa... la región de las colinas elegantes, de los almendros y de los granados». (1)

El apego a su tierra natal será permanente a lo largo de tantos libros felices, donde el paisaje es en ocasiones el gran protagonista. El paisaje sentido como algo vital, como un resumen de emociones pasadas, que Azorín nos describe con admirable destreza. A veces, es tan vivo el sentimiento del paisaje que su sola presencia renueva una fuerte emoción pasada: «De Monóvar a Yecla —escribe recordando su niñez— hay seis u ocho horas: salíamos al romper el alba; llegábamos a prima tarde. El carro iba dando tumbos por los hondos relejes; a veces parábamos para almorzar bajo un olivo. Y yo tengo muy presente que, ya al promediar la caminata, se columbraba desde lo alto de un puerto pedregoso, allá en los confines de la inmensa llanura negruzca, los puntitos blancos del poblado y la gigantesca cúpula de la iglesia nueva que refulgía.

Y entonces se apodera de mí una angustia indecible; sentía como si me hubieran arrancado de pronto de un paraíso delicioso y me sepultasen en una caverna lóbrega» (2)

La expresión no puede ser más justa y reveladora. Obsérvese cómo es el propio paisaje el que influye en el ánimo de este niño viajero de finales de siglo, que marchaba hacia su colegio de Yecla. El recuerdo está vivo. Vemos cómo dice «Y yo tengo muy presente...», como algo que al paso de los años no olvida porque son recuerdos de niñez, recuerdos adheridos para siempre en el espíritu azoriniano. Y lo más admirable es que

todavía percibe la «angustia indecible» que tal ocasión le producía. El dolor de Azorín está vivo en sus páginas demostrándonos un aspecto básico de su dilatada obra literaria: que el paisaje formará parte del propio espíritu del escritor. La belleza surge de la unión hombre-paisaje. Vicente Ramos lo ha resumido diciendo que «en el ámbito geográfico azoriniano, el paisaje espiritual se compadece con el térreo, surgiendo, de tal fusión, un tipo de belleza natural que sólo puede ser estimado por «almas recogidas, reflexivas, mediativas, amigas del silencio, del sosiego, de los colores desleídos, suaves». (3)

Hemos visto que esta perspectiva yeclana está íntimamente ligada aquí a su niñez. Lo mismo que va a ocurrir con los demás lugares que voy vamos a recordar evocados por Azorín: Monóvar, Elda, Petrel, etc.

No será éste, sin embargo, el único objeto de su mirada paisajística, porque Castilla, la Castilla en la que toda su generación ve el espíritu de España, será la que Azorín prefiera en sus evocaciones literarias.

El tema de nuestras líneas será el paisaje, ese objeto literario con el que los escritores que han sabido entenderlo y vivirlo, han realizado sus más bellas creaciones estéticas. Pero antes de intentar comprender lo que el paisaje de su tierra natal significa para Azorín, cabría preguntarnos si esa evocación de un trozo de horizonte, más o menos accidentado, con una porción de cielo, tienen para nosotros valor artístico, estético o literario. Qué duda cabe que la Naturaleza alcanza en ocasiones cimas estéticas que superan en mucho las creadas por los hombres. Pero esto no ocurre siempre. La descripción de un terreno puede ser simple, o como mucho geográfica, pero sólo será estética, literaria, cuando esa evocación tenga humanidad y junto a ese cuerpo —la tierra, los sembrados, las casas, el cielo— haya un alma: el alma del paisaje. De lo material marchamos, sin dejarlo, a lo espiritual. Y en esta feliz fusión tendremos lo emotivo, lo humano, lo literario y lo artístico. Laín Entralgo, al estudiar esta generación del 98, ha escrito; «Un trozo de naturaleza se ha hecho paisaje por la virtud de una mirada humana, la neustra, que le da orden, figura y sentido. Sin ojos contemplativos, no hay paisaje». (4)

Contemplativos son, en efecto, los ojos de todos los componentes de la generación y especialmente los de nuestro Azorín. Cuantas veces su retina y su mente repasaron este paisaje fue para contemplarlo con una de las miradas más observadoras que ha tenido nuestra literatura. «Lo que da la medida de un artista —ha escrito nuestro autor en *La voluntad*— es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*...». (5)

Pero no siempre el paisaje ha estado presente y sentido en nuestras letras. A lo largo de nuestra literatura, en ocasiones, ha ido apareciendo un escenario donde han ocurrido unos hechos que se nos cantan o relatan; pero con auténtico sentimiento de la naturaleza, tratando de penetrar en su alma, no ha habido entre nuestros escritores grandes intérpretes del paisaje hasta hace poco. El mismo Azorín, que tanto se preocupó por tales cuestiones, nos explica que «el sentimiento de la Naturaleza es cosa del siglo XIX. Ha nacido con el romanticismo, poco a poco (...). El romanticismo trae al Arte la Naturaleza en sí misma, no como accesorio». (5)

Y con esta conciencia de hacer vivir algo fundamental, evoca el maestro tantos paisajes que quedan, con su alma, inmortalizados en sus páginas.

Del romanticismo acá el paisaje comienza a ser muy tenido en cuenta por los escritores, entre los que hay paisajistas por antonomasia. Recuerden a este respecto los lectores de Pereda sus vivas y riquísimas estampas de la realidad montañesa. Pero no ha habido momento en la literatura en que se haya dado tanta vida a este aspecto literario y con tanto encendido amor como el que ocupó la generación del 98. Hablar, aunque sólo fuera brevemente, de lo que hombres como Unamuno, Machado o Pío Baroja significan en este aspecto, además de no constituir excesiva novedad, alargaría nuestras palabras que han de ser por su propio carácter breves. Y es que críticos como Laín Entralgo ya se han ocupado de este aspecto con gran cuidado. Tras una bella comparación entre todos los componentes del noventa y ocho, llega Laín a esta conclusión: «Toda la tierra de España ha sido poéticamente transfigurada en el ensueño de

la generación del 98. La tierra de España es una y diversa; uno y diverso es también su trasunto literario. Le dan unidad y centro los llanos y las sierras de Castilla, a la que todos cantan: la Castilla áspera y delicada que han elevado a mito español los hombres del 98. Le regalan contorno y diversidad las regiones que en torno a ella tejen una corona verde, dorada y gris: verdes lomas de la Vasconia de Unamuno y Baroja, verdes prados de la Galicia de Valle-Inclán, oro lejano de la Andalucía de Machado, verdes intensos, delicados amarillos, grises múltiples del Levante de Azorín. Sobre este mosaico maravilloso descansa el ensueño de una vida de España» (7)

La belleza del resumen concreta en breves imágenes toda una realidad literaria, todo el hondo sentir de una generación. El paisaje está vivo en el 98, centrado en Castilla, que representa para ellos mejor el espíritu de España; pero lo más destacable aquí y ahora es que ninguno ha de olvidar el paisaje de su tierra natal. Así va a ocurrir en Azorín, en el que, a lo largo de muchos libros, la presencia de su tierra convivirá con la de Castilla, originándose una interesante dualidad. No es un paisajista que se cierne exclusivamente a su provincia de Alicante como lo hizo, por ejemplo, Gabriel Miró. Azorín alojará en su obra una doble realidad paisajística: Levante y Castilla, y lo sugestivo es distinguir cómo el autor dota a estos entornos de distinta alma.

Son los paisajes de la Castilla representante del espíritu severo y doliente de España los que se enfrentan a estos levantinos «cargados —como ha escrito Baquero Goyanes— de un cierto sentido mágico; paisajes adheridos afectivamente a ideas de niñez y adolescencia...». Sobradamente queda concluido este problema cuando Baquero, al distinguir uno y otro ambiente, sintetiza: «El paisaje de Levante es más Azorín. El de Castilla, más España». (7)

Quizás tengamos en este levantino al Azorín más espontáneo, prendido en los recuerdos. La tierra de Castilla fue sin duda más dilecta para él, por más expresiva de un íntimo anhelo de definir y mejorar España, pero el paisaje de su tierra nos lo presentará a él en persona, al propio Azorín escritor re-

corriendo, elogiando, observando la riqueza cromática de su tierra, de la zona de la provincia alicantina que más vivamente sintió, quizás por ser la más parecida o semejante al paisaje de Castilla.

Recordamos siempre que vemos los distintos aspectos de este variado rincón de España al otro gran prosista que supo impregnar su vista y su obra con Alicante. Miró es también alicantino, pero Miró es más de la parte costera, de la Marina. Sería sugestivo recordar aquí la comparación hecha tantas veces entre estos dos escritores que, cada uno a su modo, inmortalizaron el paisaje de su provincia.

Quizás tuvieron su precedente en aquel noble caballero medieval que plasmó también en sus páginas la geografía de Alicante y precisamente el valle que nos ocupa. Me refiero al infante don Juan Manuel, el adelantado mayor del Reino de Murcia y señor de Villena, que, en su *Libro de la caza,* nos dio ya la lejana visión de un paisaje por él recorrido tantas veces en sus partidas de caza o en sus viajes políticos. Entre don Juan Manuel y Azorín y Miró hay un abismo cronológico, lingüístico, literario y paisajístico; pero entre estos tres grandes prosistas existe también el vínculo de la observación del paisaje y del amor al medio natural que los rodeaba.

Siempre demostró Azorín gran cariño hacia su provincia. Unas veces lo hizo soslayadamente, como no queriendo dejar ver un apasionamiento que no iba con su carácter; pero otras, la claridad asoma a sus páginas vivamente: «Entre todas las provincias de España —escribe Azorín—, Alicante es, a nuestro parecer —perdónesenos, de lo contrario, el amor patrio—, de todas las provincias españolas, Alicante es la más completa. Tres zonas podemos marcar en ella: una, la que corresponde a la frontera con Murcia, o sea, la parte de Orihuela. Otra, la llamada de la Marina; es decir, la que linda con Valencia. Y la tercera, que es la región central, la que se encuentra al llegar de Madrid...». (9)

La división pertenece a *El paisaje de España visto por los españoles,* pero mucho antes, en las *Confesiones de un peque-*

ño filósofo había hecho ya la evocación decididamente preferente de su propia zona. Al posponerla a las palabras anteriores, hemos querido realizar un descenso de lo universal a lo particular que no se corresponde con la realidad cronológica. Había escrito Azorín previamente que «El verdadero Alicante, el castizo, no es el de la parte que linda con Murcia, ni el que está cabe los aledaños de Valencia: es la parte alta, la montañosa, la que abarca los términos y jurisdicciones de Villena, Biar, Petrel, Monóvar y Pinoso». (10)

Nos vamos acercando al centro de nuestra atención: el valle de Elda, que aparece en muchos de sus libros lleno de vida, con esa precisión, ese espíritu analítico que penetra profundizando en lo más hondo de todas las cosas, aunque sean mínimas o vulgares. Los paisajes de Azorín están llenos de lugares y de personas, y aquéllos y éstas llenos de vida. Unas veces, será la lejanía la que sirva de punto de observación para hablarnos —como lo hace desde el Collado de Salinas— de lo que se extiende a sus pies. Otras, será la precisión de la cercanía, la minuciosidad la que llegue a producir este «tempo lento» que nos llena de emoción al contemplar tan detalladamente los objetos. Un ejemplo de las descripciones tomadas de la lejanía nos lo da la que, desde el Collado de Salinas, hace del valle eldense. Con ella comienza *Antonio Azorín:* «A lo lejos una torrentera rojiza rasga los montes; la torrentera se ensancha y forma un barranco; el barranco se abre y forma una animada cañada. Refulge en la campiña el sol de agosto. Resalta al frente, en el azul intenso, el perfil hosco de las Lometas; los altozanos hinchan sus lomos; bajan las laderas en suave enarcadura hasta las viñas. Y apelotonados, dispersos, recogidos en los barrancos, resaltantes en las cumbres, los pinos asientan sobre la tierra negruzca la verdosa mancha de sus copas rotundas». (11)

La evocación del valle es en esta ocasión impersonal, aunque no por eso deje de percibirse una gama enorme de matices sensoriales, especialmente cromáticos. La concatenación inicial de ideas se completa con bellas personificaciones. La luz, el color, las formas, los volúmenes, dan a este cuadro todo su contenido. El valle queda en esta novela de 1903 captado

con gran belleza, pero con un fin inicial de escenario donde se desarrolla una acción. Luego, con el tiempo, este paisaje será, con sus hombres y sus pueblos, el propio protagonista de la creación azoriniana.

Véase ahora la magnífica descripción de conjunto que hace Martínez Ruiz años después, abarcando toda la zona: «El valle de Elda reviste la forma del casco de un buque; podrá tener diez kilómetros de anchura por catorce de largo. El color que predomina es el gris suavemente azulado. A una banda se levanta una colina de yeso, y en su cumbre aparece Monóvar; al otro lado, en las faldas de otro altozano, se ve Petrel. Y abajo, tocando las aguas del río, está Elda. La vía férrea corre por el centro del valle». (12)

El paisaje aquí está ordenado, cuidadosamente ordenado en torno a las tres poblaciones que presiden el valle. Con muy pocas palabras nos define la situación de todo un ancho y largo paisaje visto desde ningún ángulo. Es más, diríamos que está setnido, presente en su ánimo, recordado. Y es que el texto que acabamos de ver pertenece a los años cuarenta.

De todas las estampas que nos ha ofrecido a lo largo de muchas páginas de este rincón de su tierra, nosotros nos quedamos con las del *Libro de Levante,* especialmente por estar descritas con un estilo nuevo, constituido por impresiones cromáticas o formales de inigualable belleza. La que escogemos pertenece, como todo el libro, a 1929, y describe un viaje en tren viniendo de Madrid. Repárese bien en la capacidad ingente de impresiones sensoriales que nos ofrece Azorín en un contexto marcadamente pausado:

«En marcha; hacia la costa; hacia Monóvar (...). Va descendiendo el tren. Villena, señoril y mundana. Castillo con una ventana que nos mira. Huertas extensas. Perfil de montañas que resaltan en la lejanía. Sax; el peñón agudo con los muros lisos de su castillo moruno. Peñón enhiesto, que surge de pronto de unos huertos verdes. Desde el campo de Monóvar, desde Salinas, el peñón y el castillo de Sax. Sereno en el ambiente sereno, el castillo que cambia con el tiempo de color. El castillo —cuatro paredones lisos— que son amarillos, ocres, violetas,

morados, grises, según varíe el color del cielo y la transparencia del aire. Y el castillo que, con la ligera humedad, se esfuma sobre el gris de las colinas más lejanas. El castillo compañero de meditaciones. No se ve el pueblo, que está en lo hondo de unas huertas (...) (13).

La belleza de la creación azoriniana es tanta como la del paisaje real evocado. Es admirable la enorme variedad cromática que concede al castillo según la luz y la hora del día o la claridad ambiental. No hace este hecho y estos recursos sino insistirnos en la existencia del Azorín contemplativo, que recrea sus sentidos con la perspectiva que tantas veces admiró desde el Collado de Salinas. Por eso llama al torreón sajeño su compañero de meditaciones. Es hermosa esa cualidad tan humana para un castillo: compañero de sus horas y trabajos en el Collado. Otro finísimo escritor alicantino, admirador inagotable del maestro Azorín, Antonio Segueros, ha comentado en uno de sus libros que «el collado de Salinas está íntimamente ligado con la vida de Azorín. Es algo inseparable en la plasmación sentimental y literaria de nuestro autor. En él descansaba, en él leía, en él soñaba, y desde él asimilaba, extático y contemplativo, la panorámica ambiental y colorista de este pedazo entrañable y querido de su tierra alicantina». (14)

Sigue el viaje azoriniano en el tren por nuestro valle. Sigue la bellísima descripción de la que vienen a formar parte muchos elementos, que se van superponiendo desde su ángulo humano, natural o histórico, para formar la realidad deseada que nos intenta transmitir. Véase, por ejemplo, en este fragmento cómo aparece la figura de Castelar, que tantas resonancias tiene en Elda, como parte integrante de esa evocación:

«Descender, descender. Un túnel; 870 metros. Al salir, otro mundo; el aire, de pronto, más templado; primavera en invierno. Y el valle de Elda, espléndido, ante nosotros. El valle de Elda por donde traveseó Castelar siendo niño; el valle de Elda cantado en magnífica página por el gran prosista, el más cadencioso de los prosistas españoles. Todo el valle anegado en luz; luz fina, cristalina; oleadas de luz. Luz batida por manos angélicas. El Cid nos saluda; la inminente peña del Cid, que está en la región azul. El Cid, que avanza su cuadrada testa sobre el

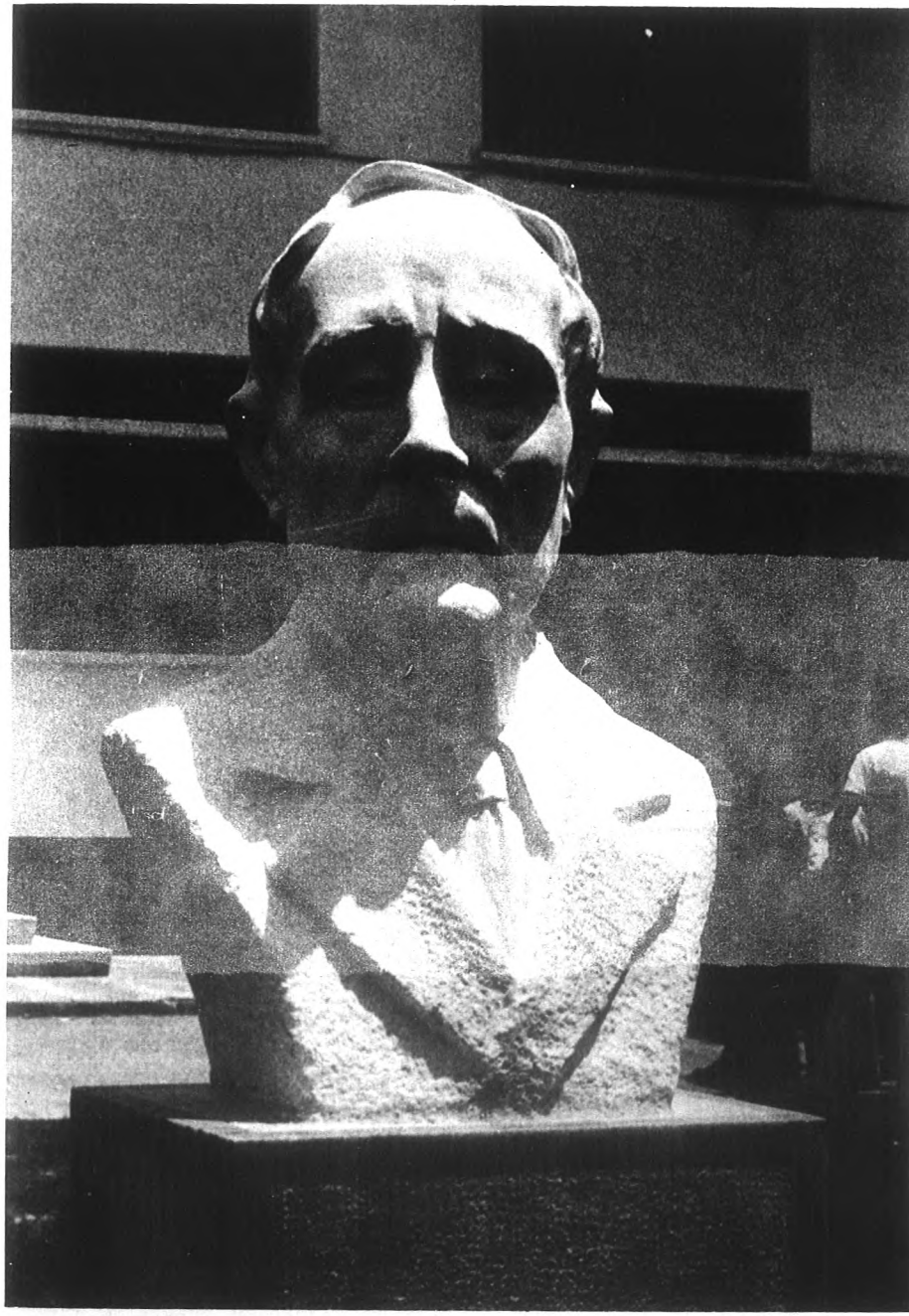
valle. A la izquierda de la vía, en lo hondo, a dos pasos, Elda; Elda, la industriosa, con sus fábricas». (15)

La riqueza expresiva es brillante, trabajada y muy bien conseguida. Halaga Azorín nuestros sentidos con ese gran despliegue de luz que llega a valorar en matizaciones sutiles: luz «fina», «cristalina». Y antes nos ha hablado de la temperatura del ambiente que ha calificado con el entrañable adjetivo «templada». Embellece Azorín, atendiendo así a nuestras percepciones sensoriales, el paisaje que nos hace vivir de nuevo en sus páginas cuidadas. Y lo más admirable es que nada sobra en la descripción azoriniana; todas las palabras están justas, utilizadas para concretar, para crear un ambiente que el lector debe percibir. Y al final, ese tono azul donde se dibuja la peña que preside el valle.

La mirada del maestro sigue recorriendo el cerco bellísimo del extenso paraje; el color cambia: «Más lejos, Petrel, en la falda de una colina; Petrel, casi disuelto, desleído en coloraciones y matices de una suavidad exquisita. El reino de los maravillosos grises ha comenzado ya. Grises azules, grises verdes, grises morados, grises amarillos. Gris de oro en las piedras de las casas y ribazos. El valle como un barco perfecto; concavidad verde y gris». (16) Dos colores da Azorín para una definición. Dos colores con sus muchas variantes, llenos de luz, con infinidad de sugestivos matices.

No olvida el autor su ciudad natal que, del mismo modo, nos retrata en detalle, con economía verbal y laconismo evocador: «El tren silba gozoso. Ya vemos la ermita en la colina. Huertas, almendros, olivos, granados, higueras. Un ciprés; una palmera. Monóvar, en la falda de dos colinas; en una de ellas, la ermita de Santa Bárbara; en la otra los paredones de un moruno castillo. Las calles limpias; de yeso las colinas, y la lluvia al descender, lava y deja casi lustrosas las callejitas altas». (17)

Son sus palabras las fundamentales para, sin ser prolijo, crear un equilibrio entre el detalle y lo superficial escogiendo de uno y lo otro lo más sugestivo. Este impresionismo azoriniano es el que nos descubrirá en otras ocasiones el alma de España a través de Castilla, la gran llanura que aquí, a pesar de



Busto de Azorín, obra de Manuel Planelles. I.N.E.M. "Azorín" Elda-Petrel (Alicante).

ser levantino el paisaje evocado, por tantas razones no es recordada en sus detalles más emotivos.

Sin duda alguna son éstos los que más cabe destacar en las descripciones azorinianas de su tierra y de los pueblos que conocieron su infancia y juventud. La preferencia del prosista es siempre por Monóvar, al que dedica un bello capítulo en su *Libro de Levante* a continuación de los textos que antes hemos visto. Termina evocando el sobrio deseo de calma que inspira su ciudad natal: «Las cúpulas y la torre que reaparecen en todas partes; ahora, entre los toneles. La calle silenciosa que está dentro de una cámara. Dulzura, placidez (...)» (18) Este respirar la tranquilidad de Monóvar en sus páginas será un anhelo constante de Azorín. Veamos ahora el recuerdo de «la ciudad nativa» en *Memorias inmemoriales:* «Llovía poco en tal tierra; llovía generalmente en turbiones violentos, con el cielo anubarrado negramente y vivísimos lampos y retembladores truenos. De las altas calles bajaban torrentes impetuosos. Resbalaba el agua por un piso de yeso limpio, casi brillante. Al otro lado del pueblo, doblada la colina, había aljezares que elevaban sus humachos en el blancuzco azul. Pocas veces doblaban funerariamente las campanas del pueblo; había viejecitos que caminaban acompañados en sus blancos báculos. Daban impresión de serenidad, imperturbabilidad y vitalidad». (19)

Son ahora las personas las que dan alma al paisaje. Ha querido el escritor con estas palabras volver a la tranquilidad, a la paz y al sosiego, a un pueblo que sólo se conmueve con las distanciadas lluvias y que Azorín quiere evocarnos con su luz y sonido. Pero inmediatamente la mano del maestro calma, apacigua, para mostrarnos unos viejecitos que dan una «impresión».

Así es como tantas veces el elemento humano pasa a formar parte de un paisaje que ya es humano por lo sentido de su creación. Como ocurre cuando nos describe a la mujer de Monóvar.

Recogemos el final de un bello capítulo: «El andar silencioso de las monoveras. Ligero y tácito. El pie en alpargate blanco; la suela de cáñamo sobre el yeso blanco de los pies. En

les cambres, las cámaras; las anchas y silenciosas cámaras. Blanca la tela de este calzado; blanco el piso de las cámaras. En la blancura los pasos ligeros, callados». (20).

Lacónico es el estilo de Azorín, que, con unos pocos detalles, nos da una intuitiva visión de un elemento humano unido al paisaje, dotándole vida en impresiones casi fugaces pero perceptibles en sus notas de uniforme color y apagado sonido.

Además de este Monóvar natal, otro de los puntos predilectos del paisaje alicantino es Petrel, el pueblo de su madre, el «amado Petrel». (21) Fueron varias las ocasiones en que Azorín se ocupó de esta bella población. En *El enfermo* nos da una minuciosa panorámica de todo el pueblo, de sus edificios, de sus hombres. Incluso nos habla de su historia, del momento feliz en que un caballero «apuesto, alto, rubia la pelambre del rostro, azules los ojos», (22) desciende de un brioso alazán, camina por las calles de Petrel y entra en una casa donde una bella moza le sirve en mesa terrera viandas y vino. El caballero sonríe complacido. El año era 1220 y la escena nos muestra un breve reposo en el constante caminar de Jaime I el Conquistador, el apuesto caballero que hizo un paréntesis en la conquista de tierras moras para descansar en el fresco porche de una casa de Petrel.

De todas las descripciones azorinianas llenas de hombres y paisaje, hemos escogido como más representativa de su estilo y de esta ciudad la que en 1903 formó parte de *Antonio Azorín:*

«Petrel es un pueblecito tranquilo y limpio. Hay en él calles que se llaman de Cantararias, del Horno de la Virgen, de la Abadía, de la Boquera; hay gentes que llevan por apellidos Broqués, Boyé, Bellot, Ferriz, Guill, Meri, Mollá; hay casas viejas con balcones de madera tosca, y casas modernas con aéreos balcones que descansan en tableros de rojo mármol; hay huertos de limoneros y parrales, lamidos por un arroyo de limpias aguas. Hay una plaza grande, callada, con una fuente en medio y en el fondo una iglesia. La fuente es redonda; tiene en el centro del pilón una columna que sostiene una taza; de la taza chorrea por cuatro caños perennemente el agua. La iglesia es

de piedra blanca; la flanquean dos torres achatadas; se asciende a ella por dos espaciosas y divergentes escaleras. Es una bella fuente que susurra armoniosa; es una bella iglesia que se destaca serena en el azul diáfano. Las golondrinas giran y pían en torno de las torres; el agua de la fuente murmura placentera. Y un viejo reloj lanza de hora en hora sus campanadas graves, monótonas». (23)

De los múltiples valores literarios que posee el fragmento y que ya han sido señalados por Mariano Baquero (24), yo escogería para glosar aquí brevemente la presencia del tiempo en él. Ese fluir «perennemente» del agua nos refleja el constante latir de nuestra existencia. Las campanadas del reloj, evocadas en gravedad y monotonía, nos inclinan a pensar en el paso del tiempo, que nos destaca con ese complemento reiterativo e insistente: «de hora en hora». La presencia del tema del tiempo en la obra de Azorín será constante.

Hemos dejado para el final, para cerrar este trabajo, las palabras que Martínez Ruiz dedicó a Elda, «la próspera Elda» (25). Admirará Azorín en esta ciudad su evolución rápida. Con ocasión de una Exposición de Arte del Calzado —la VII— escribió un bello artículo, en el que alaba los primores que en el arte del calzado hacen los eldenses y se congratula del rápido desarrollo experimentado: «Elda —escribe— nos da ejemplo de la evolución rápida de un pueblo; hace cincuenta años Elda era un pueblo agrícola; su vino clarete era famoso. No sabía uno de Elda sino porque allí se había recriado Castelar, el cual ahora tiene, ante una bella fuente, una gallarda estatua. Nos está dirigiendo la palabra. El caso de una transformación tan rápida y completa será, acaso, único en España. El arte sutorio es bonito, no es áspero ni repelente. (...) (26).

Distingue Azorín a Elda con un amor especial por el progreso, afán de trabajo y prosperidad de sus habitantes. En ellos admira su dedicación al arte sutorio, que entre sus cultivadores, según apunta Martínez Ruiz, cuenta con Tolstoi. El conde descansaba con esta distracción de su labor de novelista.

Estos comentarios de Azorín son recientes; pero su afecto a Elda es antiguo. Si volvemos años atrás, otra vez a 1903, a

su novela *Antonio Azorín,* advertiremos que ya allí, como Petrel, está muy presente esta ciudad. Es otro de esos momentos en que el autor de *La Voluntad* está recorriendo su mirada contemplativa por el valle «riente»: «Y he aquí a la misma Elda, que los iberos, grandes poetas, llamaron *Idaella,* de *Daellos,* que en nuestra lengua es *casa de regalo.* El palacio vetusto de los Coloma, virreyes de Cerdeña, muestra en lo alto sus dorados muros ruinosos; abajo, el pueblo se extiende en tortuosas calles apretadas. El Vinalopó corre en lo hondo. Y dos fuentes, la de Alfaguar y la Encantada, parten y reparten sus aguas en una red de plata que se esparce y refulge por la llanura. Espaciosos cuadros de hortalizas ensamblan con plantaciones de viñedos; junto a los granados se enhiestan los almendros. Y los anchos y redondos nogales ponen con su penumbra, sobre el verde claro de la alfalfa, grandes círculos de azulado verdoso». (27)

Con gran cuidado enlaza el autor sus frases en este estilo inicial de *Antonio Azorín.* Así, en estas oraciones que se van sucediendo unidas, nos va sugiriendo con impresiones de color la belleza del paisaje que rodea la ciudad. Lo espacioso, lo refulgente, lo luminoso del valle se manifiesta admirable en esta visión íntima, aunque abierta a lo grandioso del paraje. Y después de la evocación externa, la interna, la humana, viene a completar este bello cuadro. Azorín nos dice por esto cómo son las gentes de esta ciudad en evolución:

«Elda es un pueblo activo. La agricultura no basta para su vida: ha nacido la industria. Y es una sola industria, que hace trabajar a todos los obreros en lo mismo, que los conforma con iguales aptitudes, que mueve toda la actividad del pueblo, en una orientación idéntica. Cuatro, seis fábricas alientan rumorosas. Y en todas las calles, en todas las casas, en todos los rincones suena el afanoso y sonoro tic-tac del martillo sobre la horma». (28)

Las palabras de Azorín son bellamente expresivas de una realidad que ya ha pasado. El arte del calzado es ahora algo distinto, pero no por ello deja de tener el primor o el cuidado que el maestro sabe destacar. Nos recuerda en estas páginas a los

obreros de principio de siglo, que con su trabajo humilde comenzaron a realizar tal prosperidad eldense. El «afanoso y sonoro tic-tac del martillo sobre la horma» será finamente expresivo en este sentido. Los adjetivos son sumamente evocadores: «afanoso», «sonoro». Estamos ante el Azorín que Ortega llamó evocador de los primores de lo vulgar, de la belleza de las cosas sencillas, pequeñas y humildes. «En Azorín —ha escrito Ortega— no hay nada solemne, majestuoso, altisonante». (29)

Pocas palabras pueden completar ya la visión que he querido ofrecer. Sus propios textos han demostrado sobradamente dos bellas cualidades humanas que debemos unir en Azorín a sus muchos valores literarios o artísticos. El amor al paisaje de España se ve aquí entrañablemente engrandecido cuando se torna en fidelidad y recuerdo emotivo de las tierras donde nació y transcurrió su juventud. Sus propias páginas lo han demostrado.

NOTAS

(1) AZORIN: *El paisaje de España visto por los españoles,* 6.ª edic., Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, pág. 71.

(2) AZORIN: *Las confesiones de un pequeño filósofo,* Ed. Caro Raggio, Madrid, 1920, págs. 42-43.

(3) Vicente RAMOS: *Literatura alicantina,* Ed. Alfaguara, Madrid, 1966, pág. 166. Las últimas palabras entrecomilladas pertenecen, como Ramos anota, a AZORIN: *O. C.,* t. IX, pág. 1411.

(4) Pedro LAIN ENTRALGO: *La generación del noventa y ocho,* 5.ª edic., Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1963, pág. 18.

(5) AZORIN: *La voluntad,* edic. de E. Inman FOX, Clásicos Castalia, Madrid, 1968, pág. 130.

(6) AZORIN: *El paisaje de España...,* pág. 14.

(7) Pedro LAIN ENTRALGO: *Op. cit.,* pág. 208.

(8) Mariano BAQUERO GOYANES: *Azorín y Miró,* Publ. de la Universidad, Murcia, 1956, págs. 10-11.

(9) AZORIN: *El paisaje de España...,* pág. 147.

(10) AZORIN: *Confesiones de un pequeño...,* pág. 11.

(11) AZORIN: *Antonio Azorín*, Edic. de E. Inman FOX, Ed. Lábor, Barcelona, 1970, pág. 39.
(12) AZORIN: *El enfermo, O. C.*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, t. VI, pág. 809.
(13) AZORIN: *El libro de Levante*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1962, pág. 73.
(14) Antonio SEQUEROS: *España y Azorín*, Edijar, Almoradí, 1967, páginas 168-169. Remitimos al lector a este bello libro si desea una ampliación de estas notas, ya que se incluyen capítulos extensos y muy bien vistos sobre «El Alicante de Azorín», «Monóvar, cuna y nostalgia», «El campo alicantino castizo», etc.
(15) AZORIN: *El libro de Levante*, págs. 73-74.
(16) AZORIN: *El libro de Levante*, pág. 74.
(17) AZORIN: *El libro de Levante*, pág. 74.
(18) AZORIN: *El libro de Levante*, pág. 77.
(19) AZORIN: *Memorias inmemoriales, O. C.*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, t. VIII, pág. 344.
(20) AZORIN: *El libro de Levante*, pág. 35.
(21) AZORIN: *El libro de Levante*, pág. 54.
(22) AZORIN: *El enfermo*, pág. 806.
(23) AZORIN: *Antonio Azorín*, pág. 105.
(24) Mariano BAQUERO GOYANES: *Op. cit.*, pág. 54.
(25) Conocemos este artículo por su reciente publicación en *La Verdad*, de Murcia, el 11 de septiembre de 1971.
(26) Artíc. citado en la nota anterior.
(27) AZORIN: *Antonio Azorín*, pág. 102.
(28) AZORIN: *Antonio Azorín*, pág. 102.
(29) José ORTEGA Y GASSET: «Azorín, o primores de lo vulgar», *El espectador*, 4.ª edic. Bibl. Nueva, Madrid, 1966, pág. 243.